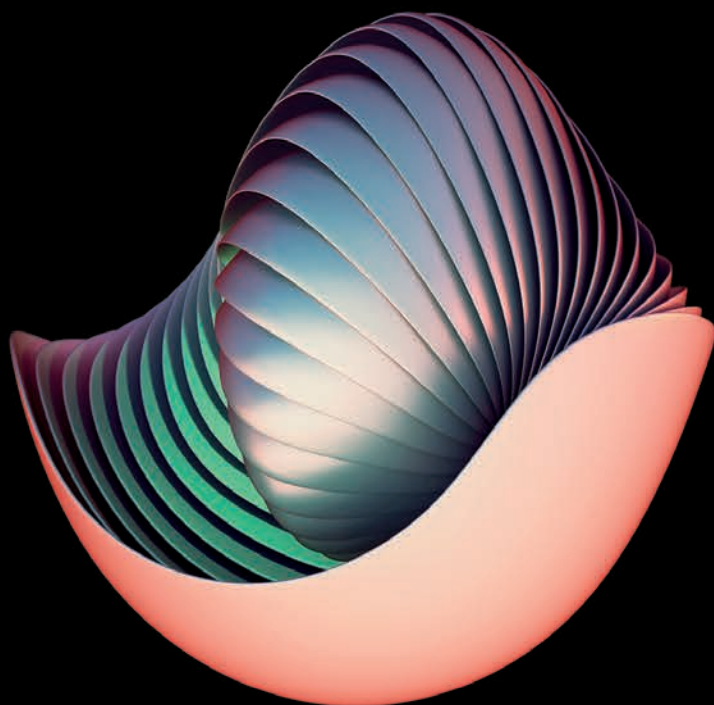


LA ESFERA II

¿Y si la realidad fuese algo más que lo que siempre
has conocido?



LAS ALAS DE ÍCARO

MURIEL ROGERS

 Planeta

MURIEL ROGERS

LAS ALAS DE ÍCARO



LA ESFERA II

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con Cedro a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© Roger Coch Elias, 2016

© Muriel Villanueva i Perarnau, 2016

© Editorial Planeta, S. A., 2016

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona

www.editorial.planeta.es

www.planetadelibros.com

Primera edición: junio de 2016

Depósito legal: B. 10.073-2016

ISBN: 978-84-08-15710-6

Preimpresión: J. A. Diseño Editorial, S. L.

Impresión: CPI (Barcelona)

Printed in Spain - Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**

ÍNDICE

I. No sabes lo que estás haciendo	9
II. El Administrador querrá saber quién ha caído del cielo	22
III. La Única	34
IV. Puedes confiar en mí	50
V. Ha llegado el momento de hacer explotar la burbuja	69
VI. Pero seguimos jugando	82
VII. Y no podemos equivocarnos	96
VIII. La Mano Abierta	107
IX. Lo que no vamos a hacer ahora es charlar un rato	128
X. Ahora o nunca	139
XI. Información por información	154
XII. Si nos lleva hasta las alas, será apropiado	171
XIII. Todos lo sabemos	190
XIV. Puedo vivir sin ti	205
XV. Grupo de borrachos creando disturbios	220
XVI. Las alas de Ícaro	232
XVII. Dentro de una jaula	245
XVIII. Todo depende del color del cristal con que se mira	261
XIX. Ter	273
XX. ¡Ahora!	278
Agradecimientos	285

NO SABES LO QUE ESTÁS HACIENDO

Kala salta al Abismo.

Vuela.

Bate las alas mecánicas y vuela, por fin, cortando el aire, por primera vez en su vida. Libre. Ligera. Solo desea alejarse del Nido tanto como le sea posible y no mirar atrás.

—¡¡¡Kaaalaaa!!! —su padre grita desesperado desde la azotea de la casa ahuevada que ella ha elegido para saltar, en un extremo de la gran plataforma en la que viven.

Mientras surca el cielo oye su voz, pero no piensa girarse. No quiere ver cómo él estira el brazo, ni cómo se acerca peligrosamente al borde del tejado. Sabe que si vuelve la cabeza estará perdida; lo último que necesita ahora es sentirse culpable de robo y de rebeldía. Necesita sentir que vuela y que se aleja de Tezr, de Beo, y de todas sus mentiras. Necesita olvidarse de su vida en esa cárcel que es el Nido y otear el mundo.

Cuando consigue dejar escapar ese último pensamiento, Kala mira hacia abajo. El mar de nubes que atravesara el Abismo parece un colchón sobre el que rebotar dulcemente. Imagina que el vapor la acoge, la abraza y la acuna. Cierra los ojos. Y entonces se da cuenta: no sabe

adónde va. ¡No sabe nada de ahí fuera! ¡Estos minutos podrían ser los últimos de su vida! Con suerte, si sobrevive al vuelo..., ¿morirá de hambre en pocos días? ¡¿Acaso se ha vuelto loca?!

Solo hace cinco minutos.

Al tocar las alas, en el sótano de su casa, Kala ha retirado las puntas de los dedos con un golpe de muñeca, como si ese invento enorme quemase. Aunque el metal era frío, algo dentro de su pecho ha entrado en erupción y le ha incendiado el corazón y la garganta. Ha colgado su mirada incrédula del artefacto a medio construir y ha decidido no pensar. Ha decidido no preguntarse por qué había en el sótano de su casa unas alas tan raras, tan diferentes a las de los Búhos, probablemente..., no, ¡seguro!, seguro que ilegales; no ha querido preguntarse por qué el novio de su padre ha estado construyendo semejante artilugio a escondidas, ni por qué no se ha desconectado para recibirla en casa, ni por qué Beo —esa versión medio rota de Numo el Bombón-mentiroso-y-engreído— estaba allí tumbado desde hacía quién sabe cuántos días al lado de Ter, ese impostor que jugó a ser su segundo padre, que ahora se ha metido a ingeniero aeronáutico y que, por lo visto, no se quita sus gafas tétricas ni para conectarse. Ambos seguían allí, en el Otro Lado. Tan amigos.

No. Kala no ha querido preguntarse nada de eso. Ya recibió suficientes respuestas de los Piratas y solo la han arrastrado a hacerse preguntas cada vez más complicadas.

Se ha pasado el día conectada. Siete horas de aquí, que equivalen a siete días del Otro Lado, le han parecido una

eternidad y no le han servido para nada. Ahora entiende por qué Ter insistía tanto con su cantinela: «Tienes siete horas hasta que llegue tu padre». Como si a Jon fuese a importarle mucho. Solo quería apremiarla a cumplir su estúpido plan. Ella buscaba a su mejor amigo..., y la engañaron. Buscaba como una tonta a alguien que había estado a su lado durante toda su vida y... nadie le advirtió que todo era un montaje. Ni siquiera Beo se acercó a su oído para chivarle que Numo era su doble, que estaba perdiendo el tiempo dejándose enredar por la causa pirata, que su desaparición era una burda manipulación para obligarla a cruzar al Otro Lado y someterla a las órdenes del Capitán Reeb.

Todo ha sido una sucia y asquerosa mentira.

Y, entonces, tras volver a la realidad de su habitación y levantarse de la butaca de conexión, al bajar al sótano a buscar a Ter, ha encontrado esas alas metálicas sin acabar, más altas que ella. U-nas-a-las, el sueño de su vida.

A sus espaldas, su padrastro y su mejor amigo se lo pasaban en grande juntos, celebrando la victoria con el resto de piratuchos, con los ojos cerrados, como si ella no estuviese allí.

Ha mirado las alas con atención. Se parecen a las de los Búhos en las dimensiones, y en nada más. Estas las ha divisado solo de lejos y de vez en cuando, cuando los vigilantes suben hacia la Esfera, cortando el azul del cielo. Siempre le han parecido ligeras. De un color marronáceo con manchas blancas, se extendían majestuosas unos dos metros a cada lado del cuerpo. Se abrían y cerraban apenas, para batir el aire en una ascensión lenta hacia la Esfera casi invisible que pendía sobre sus cabezas. Siempre se ha pregun-

tado de qué estarán hechas. Quizás de alguna fibra bien tensada sobre una estructura poco pesada de un material sólido, duro pero flexible.

Vale, pero... ¿y estas que han aparecido en su sótano? ¿Qué demonios ha estado construyendo el ingeniero-loco-de-máscara-oscura?

Alucinante. Ter, un genio. Y a la vez un monstruo. Un monstruo muy mentiroso.

Kala bate las alas para ascender y genera unos chirridos metálicos a sus espaldas. Es un sonido desagradable que le ensucia el sueño de, por fin, estar volando. Solo quiere subir y subir y olvidarlo todo. Dejar el Nido abajo y desaparecer.

Mira su ciudad y, no puede remediarlo, la ve pequeña. Su padre se ha convertido en un punto inmóvil sobre un huevo como tantos otros de los que acogen sus casas. Se siente libre. Vale, sí, es una locura, y va a durar poco, pero necesita creérselo un momento.

Las alas pesan, pesan mucho, y Kala se esfuerza contra un viento que arrecia para no perder altura. El chirrido, amenazante, se agudiza mientras sube, pero tiene la Esfera tan cerca... que querría subir hasta rozar con la mano su superficie redonda, brillante, translúcida. Podría buscar una entrada imposible y soltarles cuatro verdades a los Vencejos.

Lo sabe. Sabe que se está jugando la vida, pero está volando, vo-lan-do, y la sensación es increíble. El viento fuerte y cambiante la empuja hacia un lado y después hacia el contrario, pero ella aguanta el tipo. Siente el peso de

las alas en la espalda y en sus brazos extendidos. Sus manos se aferran a las ranuras escondidas bajo la estructura, a medio eje. Mira hacia abajo otra vez y solo ve el Nido y el Abismo, seccionado en horizontal por las nubes, que le impiden ver más allá.

No, ahora no debe pensar en ese Abismo que parece querer succionarla y enviarla al suelo, para hacerla trizas. Poseída por una dulce locura transitoria, levanta la cabeza y sonrío.

No hubiese podido decir si han pasado segundos o minutos. ¿Cuánto tiempo se ha quedado allí plantada, en el sótano, con cara de tonta? El tiempo se ha congelado en su entrecejo, fijado en esas alas recién descubiertas.

Metales dorados y plateados entrelazados con armonía. Planchas brillantes, finísimas, alisadas a golpes. Ribetes soldados con algo así como pequeñas piezas circulares y hexagonales con clavos. Ejes robustos que, desde el centro, cruzan ambas alas hasta los extremos. Extrañas espirales minúsculas en las juntas y pinzas que enganchan aquí y allá. Todo muy muy raro. Lo único similar que había visto antes en su vida eran las gafas del novio de su padre. Siempre Ter, Ter el Raro, metiendo rarezas en su casa, enrareciendo su vida.

En el suelo y sobre la mesa destartada había herramientas sin nombre —qué bien le habrían venido los cartelitos del Otro Lado—, y piezas a medio pulir esperaban a ser colocadas en su lugar. Mierda. Ojalá hubiese sabido acabar de construirlas con sus propias manos. Ojalá Ter le hubiera confesado sus planes. Habría sido un buen aliado

si no fuera tan odioso. ¿Quién le aseguraba que no se romperían a mitad del vuelo?

Llevaba quince años encerrada en el Nido, harta de que los otros dirigiesen su vida. Los demás se contentaban con esos jueguecitos en el Otro Lado, pero ella no. Ella necesitaba huir. Volar bien lejos de los Vencejos, de Ter, del Capitán Reeb, de su padre y de cualquiera que quisiera ordenarle lo que tenía que hacer. Siempre le ha parecido imposible que el mundo se acabase sobre un puñado de columnas blancas.

El nexo que unía ambas alas, una estructura de tirantes, correas, nudos y ganchos, la invitaba a meterse dentro. Solo tenía que agacharse un poco, colar su tronco entre ese revoltijo y cerrar cuatro hebillas. Su sueño hecho realidad. Kala y sus alas.

No.

No podía estar tan loca.

No podía estar tan harta. Tan harta de todo.

Se ha girado un momento. Beo parecía dormido en vez de conectado. Su pelo negro desordenado caía con gracia sobre la butaca blanca de conexión, vieja y seguramente ilegal. Le han entrado ganas de abrazarlo, de apretar de nuevo ese cuerpo delgado que siempre le devolvía el abrazo por un solo lado. Y entonces ha recordado los brazos fuertes de Numo, el izquierdo tatuado, los bíceps, el pecho desnudo bajo el chaleco negro. Y ha tenido ganas de abofetear a Beo. O de besarle. Pero ha optado por salir corriendo de ese sótano desde el que había empezado a odiar a su mejor amigo y a admirar a su peor enemigo.

—¿Kala?! —ha gritado Jon, esperando una voz que viniera de abajo y le explicara por qué parecía que el cris-

tal de la puerta del sótano se había hecho añicos—. ¿Todo bien?

No podía contestar a su padre.

En cuestión de segundos, se ha puesto el chaleco, ha tensado los tirantes y ha cerrado las cuatro hebillas alrededor de su traje elástico blanco. Ha dudado si podría sacarlas del sótano, debido a su peso, pero en las últimas siete horas había logrado hazañas mucho mayores. En el Otro Lado, sí, pero le dan fuerzas para completar esta.

Kala sigue batiendo ese par de alas que no le responden bien del todo. Le machacan la espalda, pero solo quiere seguir volando hasta llegar adonde sea. Ante ella el azul, siempre cristalino, va cambiando de intensidad. Percibe la Esfera cerca, que la atrae. ¿Y si no solo fuera visible al reflejar los destellos del sol? ¿Podrían soportar el peso de esa visión si fuese opaca, tan cerca de sus cabezas, tan cerca de sus casas? Va a tocar la Esfera con sus manos desnudas y, solo después, va a empezar a pensar en cómo largarse bien lejos sin morir en el intento. Pero antes necesita saber que puede tocarla, que no es un castillo inalcanzable.

Abre y cierra las alas con fuerza mientras el viento le dicta: «Vuelve al Nido, insensata. Te vas a matar». Aprieta la mandíbula y, obstinada, bate más fuerte. El chirrido del metal se intensifica, en su espalda todo parece descolocarse y recolocarse una y otra vez. Oye un clic y ve caer una minúscula pieza dorada a toda velocidad. Cuando adivina que se pierde entre las nubes, imagina su propio cuerpo cayendo más abajo, directo hacia la Tierra, a punto de estamparse. Pero junto a ella, aunque no la percibe con niti-

dez ni puede calcular la distancia, sabe que está la Esfera. Su cabeza hierve, los ruidos la estremecen, el metal parece enloquecido, su espalda vibra. Solo un esfuerzo más.

Entonces, un sonido muy agudo y continuado le rompe el oído y se adentra en su cerebro. Kala chilla y quiere sujetarse las sienes, pero tiene que mantener los brazos extendidos. Su espalda vibra demasiado y ese horrible silbido sigue cortándole la respiración. El ala del brazo izquierdo ha perdido tensión cuando el chirrido penetrante termina de golpe. Echa un vistazo a su espalda: esa ala se ha doblado y la parte externa cuelga como un hueso roto.

—No sabes lo que estás haciendo.

Jon pisaba el último escalón de metacrilato, ya ante la terraza del huevo elegido por Kala para perpetrar su locura. La había seguido por el barrio intentando hacerla entrar en razón. Pero Kala no se había detenido hasta alcanzar el extremo de la plataforma sobre la que se sostiene el Nido. Tenía que salir de allí, aunque eso significase jugarse la vida. Su padre ha avanzado un poco más, con los brazos abiertos en plan conciliador, con sus ricitos locos danzando al aire. Pero no había nada que conciliar, ¿es que no se daba cuenta? La habían utilizado y ahora iba a ser ella quien se sirviese del trabajo de otro para desaparecer y no volver jamás.

Kala se ha asomado a la barandilla de la azotea curvada y ha dirigido la vista al frente, hacia el Abismo. Hacía algo de viento, sí, pero ¿qué importaba?

—No hagas nada de lo que te puedas arrepentir, hija, por favor. —Le temblaba la voz.

—Tengo que hacerlo. No puedo soportarlo ni un minuto más. —Realmente en esos momentos estaba fuera de sí.

—Kala, te lo suplico: retrocede. Tu cuerpo no va a soportarlo.

Ella haciendo el loco y él allí plantado, razonando como un científico.

—No, papá. —Ha intentado no mirarlo a los ojos, porque sabía que eso sería su perdición.

—Por favor. No quiero quedarme sin hija.

—Haberlo pensado antes de traer a ese loco a nuestra casa. —Mientras ya se arrepentía de culpar a su padre de todo, Kala se contorsionaba para saltar la barandilla con las alas puestas.

—Hija, sabes que Ter...

—Ter es un capullo. Y Beo también.

—¿Qué tal si lo hablamos los cuatro mientras nos tomamos algo caliente? Yo también estoy sorprendido, pero creo que Ter debe de tener alguna explica...

—No, papá, me voy. Me-lar-go. Olvídalo. —Kala seguía mirando abajo.

—¡Pero si ni siquiera sabes si funcionan! —Oía su voz cada vez más cerca.

—Quédate donde estás. No te acerques más.

—Kala. —Su tono, entre serio y quejoso, no podría detenerla.

Ahora no. Aunque no debería habérselo escupido del modo en que lo ha hecho, él no dejaba de tener parte de culpa. Él trajo a Ter. Se acabó.

Kala ha arrimado las puntas de sus zapatillas blancas al Abismo. Mientras inhalaba, ha extendido de golpe las

alas, que han dudado ante el viento y después se han mantenido firmes. Se sentía poderosa, mientras el sol acariciaba su cara. Iba a hacerlo. Iba a volar. El riesgo merecía la pena. Esta vez mandaba ella.

Siente cómo en su estómago aparece una espiral que no para de crecer y de centrifugar su vientre. Un agujero negro la consume desde dentro. Extiende las dos alas y trata de batirlas con fuerza por última vez, pero solo consigue estabilizar la altura, sin ascender ni un milímetro más. El viento le golpea el rostro y solo puede abrir los ojos a medias. El azul del cielo, aunque limpio, le parece ahora borroso. Alarga la mano derecha hacia arriba: tocar la Esfera, tocar la Esfera... Los cinco dedos recortan la luz del sol, los mueve, pero solo acarician el aire. Otro clic y, con un vistazo rápido hacia abajo, ve cómo cae otra pieza dorada. Se trata de un pedazo grande en forma de ele. El ala izquierda se ha partido. Y ahora sí, empieza a perder altura, primero como un suspiro, después en vertical, sin remedio.

Cae.

Cae tan rápido que no puede pensar en nada. El viento la sacude. Sabe que va a morir, a morir de verdad, sin posibilidad de conectarse a la vida de nuevo, morir para siempre. Su vida va a terminar incluso antes de chocar contra el suelo, de puro miedo.

Ese era el precio de su libertad. Lo sabía y pese a ello ha saltado, ¿no? Pues ahí lo tiene.

Su cuerpo se voltea desordenadamente. Chilla, pero la voz se le agota rápido y se convierte en un grito ahogado.

Las alas ya no le sirven para nada, salvo para pesar más, para aplastarla mejor cuando se estampe.

Por fin, aunque tenga que morir, va a saber qué hay debajo de esas nubes opacas y sucias.

«Vacía tu mente, Kala.»

Extiende las alas en horizontal, sigue dando tumbos y le duelen los brazos, pero no debe parar, sabe que no debe parar, así que insiste. La velocidad no parece disminuir. Se marea, se desplaza en volteretas. Tiene que equilibrarse para no seguir girando. Va a morir. ¡Va a morir! Este es el último minuto de su vida. Y odia a Beo. Y a Ter. Pero no quiere perder sus últimos segundos en esos pensamientos. Extiende sus piernas y permanece con los brazos estirados, el ala izquierda no responde, mantiene el cuerpo lo más firme posible, las nubes se acercan, le duelen todos los músculos y el viento no ayuda. Vaciar la mente. Vaciar-la-men-te.

Está a punto de atravesar el mar de nubes que parte el Abismo en dos mundos aislados y, por fin, consigue estabilizarse en horizontal y logra desacelerar la caída. Mantiene la posición, los brazos le arden, sostiene la tensión de las alas. A punto de rozar las nubes, un golpe de viento la empuja hacia arriba. Respira y se percata de que no lo ha hecho desde hace un buen rato. Consigue hacer pequeñas ondas en el aire, sube un poco y baja, sube otro poco y baja de nuevo. El ala izquierda ladea la trayectoria, pero su terquedad la compensa una y otra vez.

Eleva la vista hacia el Nido, al que ignora si podrá volver. Las columnas, desde aquí, imponen mucho más. No puede ver los huevos, solo las plataformas sobre las que se asientan las casas, en contrapicado. Aterrizar allí arriba ya

no es una opción. Lo único que puede hacer es dejarse caer lentamente, planeando, subiendo un poco y bajando otro poco, como sea, atravesar el mar de nubes y esperar que la caída no sea muy larga. Ni muy doloroso el aterrizaje. Quizás incluso, si usa las alas con maña, pueda sobrevivir al impacto.

Inclina el cuerpo hacia delante y lleva los hombros hacia atrás. Dirige la cabeza hacia las nubes, deseosa de vislumbrar de una vez por todas a qué distancia está el suelo. La masa blanca se aproxima a su cuerpo y ella cierra los ojos y la boca y aguanta la respiración, hasta que las nubes la rodean, la abrazan, la mecen durante un instante eterno.

Dos segundos después abre los ojos: no hay más nubes, ya las ha dejado atrás. Sus lacrimales se inundan, el viento le escuece bajo los párpados. Su cara rompe el aire, sucio, denso, húmedo y de un mal olor áspero que lo inunda todo. Vuelve a tensar las alas para planear un poco y se estabiliza un segundo, pero cae, lenta, sigue cayendo. Enfoca la mirada: bajo su vuelo inseguro, unas extrañas formas cúbicas, desiguales y desordenadas se esparcen como meteoritos caídos. ¿Qué es eso? El ala izquierda se queja en un chasquido y Kala pierde el poco control que le quedaba sobre ese loco invento de Ter, baja a toda velocidad, no, no se lo puede permitir... ¡No quiere morir!

Las extrañas construcciones se acercan y el hedor se vuelve más y más irrespirable. ¿Una ciudad? ¿Hay... gente ahí abajo? Entre la masa de formas cúbicas, divisa entonces algunas construcciones extensas y planas coronadas por tres tubos colosales, altísimos, de un marrón anaranjado, que exhalan humo negro. Trata una vez más de colo-

car sus brazos en horizontal para no matarse en la colisión, pero ambas alas se resisten. Sigue bajando, bajando, bajando, y acelerada hacia el terreno sucio y esos... edificios inmundos... ¡Se va a estrellar contra uno de ellos! ¿Es este el precio de su absurda aventura? Aprieta los dientes, grita y lo intenta por última vez, con todas sus fuerzas, estirar los brazos, ¡sí! Reduce la velocidad y traza una espiral en el aire. Sus ojos ya consiguen distinguir los detalles de los tejados de los edificios, dispuestos unos encima de otros. Siente cómo su sangre viaja hacia los brazos, las manos, las puntas de los dedos.

Adivina una zona despejada donde quizás no choque contra nada... Nada más que el suelo. La gente debería apartarse en lugar que quedarse ahí mirando con esa cara de... ¿Cómo puede haber tanta? ¿De qué van vestidos?

Bate las alas medio descolgadas y avanza hacia la explanada. Calcula que solo quedan unos diez metros. Empieza a soñar con la posibilidad de sobrevivir. Montículos de desechos se extienden sobre la zona despejada. El ala izquierda chirría, cruje, se parte definitivamente, cae y deja desnudo el brazo de Kala, que, con el ala derecha extendida, se marea, grita, llora y suplica mientras su cuerpo rueda en el aire a pocos metros de un impacto inminente.

Cierra los ojos. Vacía la mente y vive. Ahora. Aquí. «¿Dónde estás, Capitán?»

Se estrella en un golpe seco contra algo duro que se desmorona bajo su cuerpo. El mundo desaparece en silencio de su mente.